

LA PEREGRINACIÓN DE BAYOÁN O LA AVENTURA MÍTICA DE LA REDENCIÓN

En cuanto que se enfrenta uno a la vida ejemplar de Eugenio María de Hostos y a la voluminosa obra que la sustenta, le asalta la evidencia, unánimemente subrayada por la crítica, de su intensa labor magistral en el continente americano como sociólogo, pedagogo y moralista, cuando no como crítico reflexivo y pensante, surgida al calor de continuo peregrinaje. Desarrollada en multitud de lugares —España, Nueva York, Perú, Chile, Argentina, Brasil, Santo Domingo, Venezuela—, su obra se presenta como un magno monumento al anhelo patriótico y civilizador, al que desgraciadamente no se le ha rendido aún el tributo que se merece.

Quizá resulte excepcional, en este sentido, su obra primigenia, *La peregrinación de Bayoán*, cuyo relativo éxito editorial se debe posiblemente a su carácter novelesco y a que constituye —de algún modo— el embrión de toda su obra posterior. Así, numerosos exégetas han subrayado su valor fundacional de la novela puertorriqueña; su marcado “autobiografismo”; la novedad de su discurso narrativo, que reviste la forma de un Diario; la habilidad de Hostos en introducirse como personaje activo dentro de ella, bajo la forma de amigo y editor; la filiación romántica de su título y de la intriga amorosa que lo recorre; o el claro simbolismo de sus personajes y su doble condición de entes de ficción e intérpretes (o agentes) del pensamiento político de Hostos, ya explicados suficientemente por él mismo en el prólogo de su segunda edición.

Lo que no ha tenido en cuenta la crítica, y nos interesa resaltar ahora, es que Hostos se plantea *La peregrinación de Bayoán* en unas coordenadas mítico-simbólicas que le confieren complejidad y riqueza significativas. O dicho de otra forma: en la composición de *La peregrinación de Bayoán* —y bajo la apariencia externa de un Diario— subyace una estructura profunda mítica, centrada en la aventura del héroe¹, que la vertebra

¹ Aunque el libro de JOSEPH CAMPBELL, *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*, México, FCE, 1959, y los de MIRCEA ELIADE, *Lo sagrado*

funcionalmente y que condiciona su desenlace. Así se llenan de sentido las frases que inserta Hostos en los prólogos de la primera y segunda ediciones, con las que opone los términos 'peregrinar' y 'peregrino' a 'vivir' y 'viajar', como dando a entender que el espacio físico por donde se desplaza Bayoán es sólo el escenario-pretexito de su "odisea espiritual", donde el protagonista —como muy bien dice José Emilio González— "libra una serie de luchas por conquistar el predominio de la razón sobre los sentimientos, de la voluntad moral sobre el impulso ciego, desde las tinieblas del colonialismo a la luz de la liberación".

Dicho esto, trataremos de analizar los mitemas que aparecen en *La peregrinación de Bayoán* y su manera de estructurarse orgánicamente en torno al viaje del protagonista, teniendo presente, al menos, que en todo proceso iniciático se pueden distinguir —siquiera como marcos referenciales— tres fases: pre-iniciática, iniciática y post-iniciática; que cada una de ellas tiene un sistema "mítico" bastante rígido, derivado de ser una nueva actualización de la estructura mítica que le sirve de soporte y es capaz de tolerar todas las actualizaciones posibles, porque su origen se remonta a situaciones primitivas que hicieron posible su manifestación en una determinada cultura; y que su plasmación en el discurso narrativo resulta esencial para la clarificación de los contenidos ideológicos insertos en la novela.

La peregrinación de Bayoán reviste —como ya se ha dicho suficientemente— la forma externa de un Diario, en el que el protagonista anota los distintos sucesos que sacuden su interioridad y le permiten profundizar en el proceso de autodescubrimiento y en el deber "sagrado" que de él se desprende. Dicho proceso se inicia el 12 de octubre, fecha de especial sig-

y *lo profano*, Madrid, Alianza Editorial, 1972, y *Mito y realidad*, Barcelona, Labor, 1985, resulten útiles, para la realización de este trabajo me he guiado fundamentalmente por el libro de JUAN VILLEGAS, *La estructura mítica del héroe*, Barcelona, Planeta, 1973. De él he obtenido el concepto de 'mitema' ("unidad mínima constitutiva de una estructura mítica", p. 53); y el de 'estructura mítica' como una conformación anterior al sistema en el que se actualizan y se ordenan diversos mitemas para la configuración de una obra literaria determinada. Las estructuras míticas no agotan, por tanto, su vigencia, porque se originan y se manifiestan en los albores de una cultura dada, y pueden reactualizarse de diversos modos y en forma continuada. Huelga decir que el esquema utilizado en el análisis de *La peregrinación de Bayoán* debe mucho, también, al citado libro.

nificación simbólica en el pensamiento hostosiano, que resulta evidente para cualquier lector familiarizado con sus textos, como para que ahora la pasemos por alto². En esta fecha histórica, los sentimientos de dolor de Bayoán por la partida se funden con la proyección sombría del paisaje que lo envuelve, mudo testigo de la misma. Es en estos momentos cuando se inicia el mitema del *viaje*, cuyas connotaciones generales de “búsqueda de la felicidad” e “indagación” se concretan en el deliberado re-encuentro del diarista con su historia, que es la historia de América. Las primeras etapas, que concluyen con su estancia en Nuevitas, se convierten en el autodescubrimiento de su identidad antillana. Por eso resulta tan significativa la actualización del *guía*³, mitema que se materializa en el personaje histórico Cristóbal Colón, para Bayoán-Hostos verdadero paradigma del genio civilizador y de la injusticia humana.

De este reencuentro con la Historia, siguiendo fundamentalmente a los autores que Hostos cita en el prólogo a su segunda edición —Raynal, Robertson, de Pradt, Prescott, etc.—, surgen su maldición a los conquistadores y “actuales dominadores” de su patria y su alabanza de una “Edad Dorada” precolumbina, de costumbres sencillas y honestas, hoy preteridas o arrinconadas en los campos patrios. Cada uno de los lugares concretos avistados o visitados —Haití, Santo Domingo y La Habana, por atenernos a esta primera etapa— plantea otras

² Resulta ocioso subrayar la importancia histórica de esta fecha, pero no su recurrencia en los escritos hostosianos ni la figura histórica que va unida a ella: Cristóbal Colón. Al lector interesado le aconsejo la lectura de “El Descubrimiento y el Descubridor” (*La cuna de América*, en *Obras completas*, La Habana Cultural, 1939, t.X, pp. 7-165) y “La estatua de Colón” (*España y América*, en *Obras completas*, París, Edics. Literarias y Artísticas, 1954, t. XXI, pp. 618-627). Concretamente en este último dice Hostos: “El día 12 de octubre es día sagrado; si España pudiera darle forma...” (p. 626). “Puede y debe; el siglo más fecundo para España ha sido el XV; el día más fecundo de ese siglo, el de Colón. Éste es la conjunción en un rol de todo lo grande de aquel siglo. [S]u única personificación” (p. 627).

³ El valor de Colón como “guía espiritual” de la humanidad y como ‘iniciador’ mítico de Bayoán resulta evidente en la etapa antillana del viaje. Véanse, al respecto, las pp. 106 y 121 (entre otras) de *La peregrinación de Bayoán. Diario recogido y publicado por Eugenio María de Hostos*. (Aprovecho para aclarar que la edición utilizada es la publicada por el Instituto de Cultura Puertorriqueña y la Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1988, como volumen I de las *Obras completas* que se preparan para el sesquicentenario de Eugenio Ma. de Hostos).

tantas dicotomías antinómicas entre el “buen salvaje” y el “perverso conquistador”, incorporándose con ello a la tradición romántica indianista. En este sentido hay que interpretar —a mi juicio— las claves paradigmáticas que nos ofrecen los nombres indígenas de los tres personajes más importantes de la novela: Bayoán, Marién y Guarionex. Resulta curioso observar, al respecto, que el esquema general utilizado por Hostos para presentar esta antinomia sea siempre el mismo: en medio de zozobras interiores de Bayoán por la partida de su patria, por las detenciones o los retrasos obligados (debido a los elementos de la Naturaleza —tempestad, mar, viento— o a los elementos humanos —barco, capitán, pasajeros—⁴, el protagonista anota un lugar histórico-geográfico concreto y a continuación expone la oposición entre el mundo paradisíaco encontrado por Colón y el estado actual corrupto en que se encuentra, con su correlato antitético “paisaje natural” / “paisaje urbano”. Los lugares anteriormente citados —y los que citaremos más adelante— son siempre hitos que avalan nuestra afirmación, los cuales, conviene matizar a renglón seguido, aún presentan signos de regeneración posible a los ojos de Bayoán⁵. No es, por tanto, esta etapa un simple motivo de distracción, sino la ocasión que se le presenta a Bayoán de penetrar en las profundidades de la Historia, llevado de su amor a la verdad. Es el necesario aprendizaje del héroe para su peregrinación a Europa, en busca de la inexistente o, cuando menos, inaccesible “Jerusalén”.

Tampoco *el cruce del umbral* iniciático surge como una circunstancia casual. La decisión conscientemente tomada por Bayoán le obliga a “renunciar a una vida plácida” y sin sobresaltos. El héroe ha sentido *el llamado* de la razón, porque

⁴ La proyección romántica de la Naturaleza en los estados de ánimo de Bayoán, el símil simbólico de la nave y el mar como el hombre y la vida, y la asociación entre la difícil arribada al puerto y la incierta del héroe problemático, traspasan constantemente *La peregrinación de Bayoán* y la llenan de gran riqueza simbólica (a la par que de numerosas reiteraciones).

⁵ Al lector interesado le recomiendo la lectura de las pp. 103, 104-105, 107 y 124-125. Sobre todo las pp. 124-125, que presentan la identificación de La Habana, por parte de Bayoán-Hostos, como una ciudad “a la europea”; es decir, en el culmen de lo “repugnante”. En el fondo de esta actitud subyace el tópico romántico de la decadencia de Europa, ya latente en poemas como los *Mazeppa* de Byron y Víctor Hugo, o en “*Hurra cosacos del desierto*”, del propio Espronceda.

en su etapa pre-iniciática ha visto en Europa "lo que hay de bueno" para su patria y lo quiere para ella; porque, impelido por "los hombres que disponen del destino de los hombres", ha buscado la excelsitud en "el árbol de la ciencia" y no la ha encontrado; porque ha "visto" la "desarmonía" entre "su amada naturaleza americana y sus hombres"; y, sobre todo, porque ha "visto" que debajo de todos estos imperativos subyace en él una ambición de gloria. Pero ¿cuál es la gloria que ansía Bayoán? No es "la gloria de los hombres", ni "el aplauso del mundo", no; es la luz que le revele a Dios", es "la verdad", "la justicia" y "la virtud". Y por buscar esa gloria ideal,

... abandono hoy mi patria, mañana mi felicidad, un día la vida. Quiero que digan: "En esa isla nació un hombre, que amó la verdad, que anhelaba la justicia, que buscaba la ventura de los hombres" (p. 112).

La llegada de Bayoán a Nuevitas supone estructuralmente la actualización del mitema del *encuentro*, mitema de especial relevancia en el desarrollo de la novela. Nuevitas resulta para el protagonista un lugar idílico, un estado seráfico, en el que incluso la esclavitud carece de sus tintes sombríos (p. 146), porque se desarrolla bajo la mirada paternal de Guarionex. Es, sin duda, el marco ambiental adecuado para someter a prueba la constancia y el temple del héroe, quien, para mayor dificultad, se enamora profundamente de Marién.

Varios son los factores que confluyen en este mitema y le dan complejidad. Unos se relacionan con el descubrimiento del amor e indirectamente con la posible iniciación sexual de Bayoán; iniciación que servirá al héroe para vencer, una vez más, sus deseos y elevar sus miradas hacia su ideal de perfección. Otros se relacionan con la vinculación de la heroína a la tierra originaria, a la patria inmutable, y exacerban la desarmonía, de antaño observada por Bayoán, entre la naturaleza americana y sus gentes. Y otros, en fin, tienen que ver con el simbolismo político del encuentro, repetidas veces manifestado a lo largo de la novela.

Es por esto, quizá, por lo que el proceso de enamoramiento está descrito desde una concepción platónica e idealizada del amor⁶, y el objeto amado, Marién, resulta ser una adolescente

⁶ No debemos olvidar, sin embargo, el estrecho paralelismo existente

angelical (y ello sin olvidar las convenciones románticas, las exigencias del decoro poético y los ideales del protagonista, que condicionan indudablemente este platonismo). Con todo, se percibe en él —a nuestro juicio— una idealización excesiva, que revela por su escamoteo fuertes dotes de sensualidad reprimida, que serán fuente futura de purificación para Bayoán. Para darnos cuenta de hasta qué punto son castos los amores de los personajes, recordemos los efectos que produce en ellos un beso que Bayoán da en la frente a Marién: varias horas después Marién sigue sonrojándose, y un día después Bayoán arrepentido exclama: “Pobre niña, lanzada repentinamente del paraíso de su amor al infierno del deseo” (p. 155).

A partir de aquí se redoblan a lo largo de la novela los continuos desdoblamientos del corazón, la razón y la conciencia de Bayoán, con sus violentas oposiciones⁷, que confieren a *La peregrinación* un tono continuo de exaltación, el cual, si puede resultar tedioso al lector actual, muestra bien a las claras las zozobras internas, las vacilaciones del héroe entre el partir (peregrinar) y el afincarse en la idealidad paradisíaca de Nuevitas, así como su triunfante decisión final de seguir su camino de purificación por el dolor:

Aspiración a la virtud, amor a la verdad y a la justicia, resolución de buscarlas y enseñarlas... aun a costa de Marién, única luz que no ha desvanecido el brillo de las otras (p. 152).

(Aun en el plano discursivo) entre el proceso de enamoramiento de Bayoán-Marién y el del propio Hostos con su mujer, que matiza un tanto nuestra afirmación y ratifica el marcado carácter autobiográfico de *La peregrinación*. Confróntese con *Inda* (*Páginas íntimas*, en *Obras completas*, La Habana, cit., t. III, pp. 7-32). La frase con que inicia Hostos este diario nos exime de mayor argumentación: “Como Bayoán a Marién, así conocí yo a Inda: De pronto, de repente, sin saber siquiera que existía, sin prever el influjo de su existencia en mi existencia”.

⁷ En diversas ocasiones utiliza Hostos estos desdoblamientos interiores y no sólo en *La peregrinación de Bayoán*. Una buena muestra nos la ofrece en el “Diálogo entre la imaginación y la razón” (*España y América*, cit., pp. 515-523), que concluye con un tema caro al autor:

Imaginación. ¡Me desespera! Tu Dios es la oscuridad.

Razón. No; que es la luz... Míralo, ven, que voy a hablarte en tu lenguaje. ¿Has observado en la sinfonía que te ha entristecido, siempre presente el tema con que empieza? Pues eso es Dios.

El tema eterno de la armonía universal”.

No concluyen con éstos los simbolismos de que está impregnada *La peregrinación de Bayoán*. La necesidad de partir, el imperativo del deber "re-nace" en el héroe el 25 de diciembre, fecha de connotaciones universales que subraya el carácter redentorista del personaje nacido. Bayoán también, como Jesús Nazareno, tiene que imponerse la tarea de llevar los ideales de felicidad y de justicia al mundo, aun a costa de la suya propia y de la de sus allegados. Tampoco será fácil para el héroe llevar a cabo su resolución. Su firme decisión, largamente meditada, ha de vencer enormes obstáculos derivados de sus relaciones afectivas: la madre de Marién recrimina a Bayoán la egolatría soterrada que hay en su viaje de purificación; y Marién, con todo lo que ella representa, impone al protagonista una lucha sorda entre sus deseos y su razón y su conciencia. Las parejas antitéticas 'felicidad'/'infelicidad'; 'dolor'/'esperanza'; 'placer'/'amargura'; 'presente feliz'/'porvenir sombrío'; 'naturaleza'/'alma', presentes en toda la novela, se recrudecen en estos momentos. Pero la meditación fría de Bayoán le indica el camino que debe seguir. Y justamente en el instante de su victoria la Naturaleza coadyuva para ofrecerle el mejor momento de felicidad de su vida. Los "trinos amorosos" del sinsonte, "el razonamiento de alas y hojas" en el jardín y la turbación de Marién crean una atmósfera de idealidad y de amor que llevan a Bayoán, "anhelante de caricias", a comulgar con la canción de la naturaleza, que es la "del amor universal", en que "todo se ama, todo arde por todo". Por vez primera y única, abandonado de sí mismo, Bayoán experimenta el "vencimiento feliz de la razón que huye"; y más tarde, de regreso a su casa, descubre que hay "una armonía misteriosa entre el cielo y mi alma" (p. 176).

El 11 de enero parte Bayoán, en un clima de dolor muy próximo al del comienzo del viaje, con los elementos naturales desencadenados en una tormenta sólo equiparable a la de su alma, que encubren en el fondo nuevos aprendizajes en su proceso de autodescubrimiento. Esta nueva etapa, que concluye con su vuelta a Puerto Rico, incorpora, entre otras experiencias enriquecedoras, la figura del pasajero enfermo, de gran interés en el desarrollo futuro de la novela, puesto que actualiza el mitema del *despertador*, mediante el cual se distinguirá siempre la actuación de Bayoán de la del resto de los pasajeros. Y desde el comienzo —24 y 26 de enero— constituye un motivo

excelente de autorreflexión y de meditación sobre el ser humano y su doble atmósfera vital: la natural y la intelectual (pp. 188-190). Y con ese juego de asociaciones que caracteriza al pensamiento hostosiano, de secretas vinculaciones entre el Uno y el Todo, entre lo humano y lo natural, Bayoán concluye comparando la humanidad con la Tierra en sus accidentes:

Veo un mundo fantástico, semejante a la tierra: en las llanuras, en las vegas, en las costas, en todo lo que se parece, es igual y está a un nivel, atmósfera tranquila: en los montes, neblinas; en los Andes, nubes eternas, sombrías. Los hombres son los llanos, las playas, lo a un nivel; el hombre que se eleva, el Chimborazo, ardiendo interiormente en fuego eterno, cubierto exteriormente de nubes perdurables (p. 191).

El nuevo itinerario presenta dos lugares básicos —Guanahani y Puerto Rico— que reiteran la actitud indianista de los hitos especificados anteriormente y, en el caso de Puerto Rico, expresan parabólicamente los ideales federalistas de Eugenio María de Hostos y su posición personal sobre la política colonial española en las Antillas, que él mismo se encargó de desvelar en nota aclaratoria de la segunda edición. Con todo, resulta notable la meditación que la vista del castillo del Morro arranca del protagonista. Este "centinela avanzado de un pueblo inofensivo", construido por el "miedo", se convierte en el símbolo de la terca actitud de la Madre Patria, que "fortifica", es decir, se encastilla, en vez de inspirar "veneración" y "decidido amor a los hijos", y procurar "su bienestar presente" y su "grandeza futura".

La en principio breve detención en Puerto Rico se convierte, ante la inesperada sorpresa de la llegada de la familia de Guarionex, en una estancia de quince días, por la enfermedad de Marién, que obliga al protagonista a cuidar de ella en la quinta del Dorado. Pero estos escollos sirven a Bayoán para adoctrinar iniciáticamente a su amada, al comienzo más resignada que convencida, acerca de la alta misión que su razón y su conciencia le han encomendado. Este discurso concluye convenciendo a Marién, la cual, ya iniciada, acepta los sacrificios que este tipo de amor le impone.

Pero ¿cuál es la alta misión que Bayoán debe cumplir? Digámosla sin más rodeos: en el plano afectivo, un amor casto,

purificado por el dolor y la desdicha, que pueda hacer feliz a Marién; en el patriótico, el logro del ideal antillano de autogobierno y federalismo (pp. 214-217), en igualdad real con los ciudadanos españoles. Ideal que traerá la luz al resto de los pueblos de América, rehabilitará a España y a éstos ante los ojos de la Historia y llevará consigo los ideales civilizadores de la humanidad. Ésta es la magna tarea que Bayoán carga sobre sus hombros y que sólo podrá llevar a cabo peregrinando a España, y más concretamente a Madrid, el *centro mítico* de su peregrinación y único lugar donde puede hacer realizable su "delirio encantador".

La tercera y definitiva etapa de viaje se inicia el 15 de febrero y concluye el 2 de abril en Alicante, tras diversas peripecias⁸, entre las que destacan la prohibición de desembarcar en Cádiz (17 de marzo), por el temor de las autoridades portuarias a que el barco traiga el vómito negro, y la muerte del pasajero enfermo. Desde el punto de vista que ocupa nuestra atención ahora —la aventura mítica del héroe— conviene resaltar un mitema que ha venido prefigurándose desde la enfermedad de Marién en Puerto Rico, que se actualiza en esta etapa en el simbólico pasajero enfermo y se mantiene en la intriga novelesca hasta casi el fin de la novela. Me refiero, claro está, a la "experiencia de la muerte", básico en *La peregrinación de Bayoán* por lo que conlleva de purificación del protagonista.

Tres aspectos, al menos, merecen resaltarse en relación con dicho pasajero. El primero es la dimensión continental que a través de él adquiere el patriotismo de Bayoán. Así se llenan de sentido tanto la larga digresión del enfermo sobre su historia personal, que el propio Bayoán reconoce como historia general de los pueblos americanos y de la propia España, como la intencionada omisión del nombre de su país. El segundo es

⁸ Digo "entre otras diversas peripecias" porque no son las únicas. Enormemente interesantes resultan las dos visiones que Bayoán tiene en el viaje: la primera, tras la narración desencantada de la historia de la América Hispana que el anciano le describe (desaparecida en la segunda edición), en la que se le presentan "los pueblos de América, sumidos en la desgracia por su culpa [...], personificados por algunos seres, mezcla confusa de todo y nada, de hombre y niño, imitador, como niños, de otros seres, que personificaban otros pueblos"; la segunda, más adelante, con la representación de los dos caminos posibles para el héroe, cuyo paralelismo con *El Criticón* de Gracián es harto evidente.

el adoctrinamiento iniciático que Bayoán lleva a cabo sobre Marién, "gracias" a la enfermedad del infortunado. La taza de caldo que Marién le ofrece la reafirma en el camino de sacrificio iniciado junto al héroe e intenta reanimar corporal y espiritualmente a la "América enferma". Y el tercero se desprende de la muerte del pasajero e introduce en el ánimo del lector la certeza de la muerte final de la heroína, siguiendo el esquema clásico de la novela romántica sentimental de amores contrariados por obstáculos de diversa índole, tan del gusto de la época.

El 29 de abril Bayoán llega a Madrid, al término de su peregrinación, al centro iniciático de la misma, para superar las pruebas purificadoras. Un centro cósmico cuya esencia reside en la armonización dialéctica de contrarios; es a la vez "metrópoli de los vicios de España", "impura cortesana" y "corazón de un pedazo de la humanidad" del que emanan "la muerte y la salud". Tenso su espíritu, Bayoán se apresta al combate que le llevará a la obtención de la "trinidad" ideal —"gloria, justicia, verdad"— allá donde se encuentre:

¿Dónde satisfaré mis deseos...? En todas partes. ¿Tengo deberes para con mi patria...? Clamando por su felicidad tan desdeñada, defendiendo la justicia; maldiciendo las iniquidades de la historia y probando que la reparación de las injusticias históricas produce la felicidad del pueblo que las repara, defendiendo la verdad... ¿Habrán martirio que me inutilice para el placer inmenso que me produciría la fraternidad de los pueblos de América y España, si repetidas por mí se da oídos a las verdades de la historia...? Si me indigno contra la ignominiosa esclavitud, ¿no defendiendo a la justicia y la verdad...? (p. 288).

Desde este momento el discurso narrativo de *La peregrinación de Bayoán* gana en complejidad estructural y, quizá, en coherencia⁹. Hostos se introduce en él como personaje y narrador del desenlace final, o rellena las lagunas que Bayoán "prefiere callar". La alternancia entre narración y Diario produce

⁹ La coherencia final viene determinada por la aparición del personaje-Hostos. Sin ella el autor hubiera colocado a Bayoán (y de rechazo se hubiera colocado él mismo) en un callejón sin salida o de muy difícil solución: conseguir la regeneración de España y la autonomía para las Antillas o fracasar y morir en el empeño, con lo que la esperanza hostosiana con que se confeccionó *La peregrinación de Bayoán* hubiera resultado imposible de ser plasmada en la ficción.

un ritmo más vivo, que dinamiza indudablemente el relato; pero su estructura mítica permanece inalterable. A través de Hostos-editor se actualiza *la experiencia de la noche*, mitema que explicita el “desaliento” y la “amargura” de Bayoán en la Corte, ante las continuas contrariedades, la completa incompreensión de los hombres —incluidos sus amigos—, el nulo interés por su libro y la falta de recursos que le impide la creación de un periódico, “medio a sus ojos, no sólo de conseguir un nombre sino de llegar a uno de los fines de su vida” (p. 292). Y a este cúmulo de adversidades se une el remordimiento que en su alma produce la enfermedad de Marién.

Al fin Bayoán entrega el manuscrito a Hostos y se decide a arrostrar los deberes que su amor le está reclamando. Y este “predicador del dominio de los deberes”, “esta sensibilidad delicadísima”, como lo denomina Hostos, transido de dolor, se dedica al cuidado de su amada con la misma entrega e idéntica lucidez de conciencia que a la lucha por la verdad y la justicia. Así apura el cáliz de dolor para él reservado y asiste tan solícito como impotente a la degradación y muerte de Marién.

Tras este final, aparentemente desesperanzado, el lector, desconcertado, puede creer que Bayoán ha desistido de su alta misión o que ha fracasado en ella; pero nada más lejos del mensaje final del libro. Con la entrega simbólica del Diario transfiere a Hostos la obligación moral de llevarla a cabo; obligación que Hostos asume nada más leer el manuscrito, en donde ve la condensación de “la historia del espíritu del hombre” y se identifica plenamente con ella¹⁰:

¹⁰ *Op. cit.*, p. 302. Resulta esclarecedor el cotejo de esta página en las dos primeras ediciones, porque nos permite observar la evolución del pensamiento hostosiano, desde su primitivo posibilismo federalista hasta su clara posición independentista. Este tema ha sido estudiado con cierto detenimiento por CARLOS M. RAMA, *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina: Siglo XIX*, México, FCE, 1982, pp. 199-240, fundamentalmente pp. 210-214: “La crisis de Eugenio María de Hostos”. Con todo, recordemos, por citar un ejemplo más, el opúsculo que Hostos publicó en *La Nación* (1866), *Por qué Cuba tiene más enemigos que Puerto Rico o por qué Puerto Rico, para bien y mal, es menos atendida que Cuba* (en *España y América*, cit., pp. 210-214). En él todavía Hostos no ha perdido la esperanza de que España rectifique su mala política en las Antillas, esperanza que se desvanecerá, como es bien sabido, tras el fracaso reformista de la Revolución de 1868. Al final del citado opúsculo dice: “Si éste [el Gobierno] procediera como debe: si, resig-

Yo vi en el manuscrito todo esto: amor de los deberes, [...] lucha sin tregua consigo y con todo, dolor, mayor desgracia; [...] la resolución del sacrificio por llegar al engrandecimiento del espíritu [...] Vi que esto era bueno; volví a pensar en la humanidad: [...] me sentí consumido por la sed que consumía a Bayoán, y después de vacilar por largo tiempo, me decidí a dar el *Diario* al público [...]. A esta intención de hombre, que se acuerda de los hombres, añado la intención del patriota. Su viaje por las Antillas hizo reflexionar a Bayoán; recordó el pasado de América, vio lo que es hoy, quiso ver lo que será, y maldijo las iniquidades de la historia, deploró la ceguera de los gobiernos, se quejó de la desgracia de su patria, y esperó en su porvenir.

En este largo fragmento queda de manifiesto la completa identificación de Hostos con Bayoán: "me sentí consumido por la sed que consumía a Bayoán". Por eso no puede sorprendernos ya que Hostos se convierta en el vocero de "lo que calla Bayoán" (p. 317) y, tras la muerte de Marién, llegue a identificarse también con el estilo del protagonista y redacte a su manera el final de la novela.

Ya ha acabado la fase iniciática de Bayoán: ha concluido el *Diario* y entregado el testigo al editor, para que continúe la lucha. Por otra parte, las dolorosas experiencias que ha vivido le han reportado nuevas enseñanzas que su razón y su conciencia no pueden desaprovechar. Es ahora cuando el héroe siente la necesidad de regresar a la comunidad de la que salió, con su bagaje de conciencia y de dolor. Así aparece el mitema *el cruce del umbral del regreso*, que concluye con la marcha final de Bayoán a América para continuar su labor redentora y su incierta peregrinación, en busca de su propia "Guanahani", como sugieren sus palabras de despedida de Hostos:

América es mi patria; está sufriendo, y tal vez su dolor calme los míos... Si puedo encontrar allí lo que en vano he buscado en Europa; si en una de esas repúblicas hay un lugar para un hom-

nándose al único papel que le compete en las Antillas, esperara de ellas, de los Municipios, de sus corporaciones científicas, de su Gobierno inmediato, de los clamores de la opinión la norma de sus actos, ni Cuba tendría enemigos domésticos tan peligrosos ni Puerto Rico gozaría del peligroso privilegio de la indiferencia".

bre que ama el bien, después de recorrerlas todas, después de estudiar sus necesidades presentes, y evocar su porvenir, me fijaré en la que más reposo me prometa... Si en ninguna lo encuentro, seguiré peregrinando... (p. 355).

ANTONIO LORENTE MEDINA

Universidad Nacional de Educación
a Distancia, Madrid.

